

Antonio Moreno C., Pbro.

A M O S

EL PERSONAJE

Yo no soy profeta ni hijo de profeta; yo soy pastor y cultivo los sicomoros. Yahvé es quien me tomó de detrás de mi rebaño y me dijo: anda, profetiza a mi pueblo de Israel” (Am. VII, 14s).

Así habló Amós a Amasías, el sacerdote del santuario real de Betel, a mediados del s. VIII.

Originario de Tecoa, pocos kms. al sur de Belén (del Reino de Judá, por lo tanto), vive en la zona montañosa y relativamente árida, del cuidado de las ovejas y de los sicomoros cultivados seguramente en alguno de los vallecitos que corren al este o al oeste. En la escena del c. VII lo encontramos profetizando en Betel, santuario del Reino del norte, de tradición patriarcal (Gen. XXVIII, 19; XXXV, 6; XLVIII, 3) y de gran importancia a partir del cisma de Jeroboam (1 Reg. XII, 26-33). Su llamado a la conciencia de los israelitas desagradó evidentemente al clero oficial que trata de desembarazarse del profeta y hacerlo regresar a su tierra, Judá: “Huye al país de Judá (antes que el rey tome medidas contra ti); come allí tu pan haciendo de profeta” (VII, 12). Amós niega ser uno de aquellos miembros de corporaciones o grupos de profetas cuya existencia en Israel nos es conocida por textos como 1 Sam. X, 5.10; 1 Reg. XVIII, 22; XXII, 6; 2 Reg. II, 3. Estos grupos o sociedades de profetas que aparecen en la S. Escritura conectados ya sea con la religión baálica, ya con la religión yahvista, estaban compuestos por hombres que llevaban una cierta vida común (cfr. 2 Reg. cc. II y IV), agrupados generalmente en torno a un santuario, y que vivían de los donativos de los que acudían hasta ellos. Estos personajes desempeñaban una cierta función adivinatoria (1 Sam. IX; 1 Reg. XXII, 5 ss.) y además representaban una forma de expresión religiosa conocida con el nombre de “extatismo” y atestiguada en diversos pueblos y diversas épocas (1 Sam. X, 10; XIX, 18-24). Estas manifestaciones de esos *nabi'im* (plural de *nabi* que es el nombre que les da la Biblia hebrea, y que los LXX tradujeron simplemente por *profétes*), aunque de origen natural por lo general (como entre los chamanes, derviches y como las “posesiones del Espíritu” de algunas sectas) eran formas religiosas entonces aceptadas y respetadas que esos judíos ponían al servicio de Yahvé. Dios podía, por su parte, utilizar verdaderamente a algunos de ellos para alguna misión especial.

Amós no se deja confundir con esos personajes. El no es un *nabi* de profesión. No vive de eso. Si se encuentra en Betel es porque ha recibido, en una ex-

perencia personal, un mensaje de Dios que debe comunicar al pueblo de Israel. El es, en ese momento, la expresión de lo que alguien ha llamado la "conciencia de Israel".

¿Por qué reclama esa "conciencia"?

Consumada la división en el año 930, Omri (885-874) lleva a Israel (Reino del norte) a una gran prosperidad, al tiempo que funda Samaría, donde establece la capital. Esta prosperidad tuvo una de sus bases en la relación comercial y militar con los fenicios, alianza que selló con el matrimonio de su hijo Ajab con Jezabel, hija del rey y sumo sacerdote de Tiro, Ittobaal. La Biblia nos habla de la invasión de cultos de baal, que son el tema de la actividad de Elías (1 Reg. XVIII, 21). Por otra parte tanto la Biblia (1 Reg. XXII, 39) como las excavaciones realizadas dan testimonio del género de vida lujosa que empezó a enseñorearse de un pueblo que hasta entonces había llevado una vida campesina y sencilla.

Aniquilada la dinastía de Omri por Jehú (841-814) encontramos en la descendencia de éste a un nuevo Jeroboam (II) (783-743) que gracias a la debilidad momentánea de sus poderosos y temibles vecinos (Asiria, Siria, Egipto) logró superar un periodo de decadencia agrandando los límites del país, consolidando su situación militar y económica. Sobreviene un nuevo tiempo de prosperidad. El intercambio comercial con Fenicia es intenso; las conquistas de Transjordania permiten controlar las rutas de Siria y Arabia y las caravanas que por ahí transitan son fuente de entrada para Israel.

Pero es evidente que la riqueza encierra en sí un peligro. La vida fácil despierta el afán de gozar sin freno de las posibilidades que las riquezas ofrecen. Se constituye una clase social rica desconocida en la época de la vida tribal o patriarcal y por eso escandalosa a los ojos de los que ven en el pasado nacional y religioso una tradición de igualdad y hermandad. El poder que dan los medios económicos, más fácilmente multiplicados por los que se dedican al comercio y al préstamo que por los que trabajan su familiar pedazo de tierra, hace que los primeros tengan la posibilidad de estrujar a los segundos reduciéndolos prácticamente, cuando no de hecho, a la esclavitud.

Tal actitud de espíritu se reflejará necesariamente en la religión, especialmente si se trata de esta religión yahvista. Las actividades del culto serán espléndidas gracias a los medios económicos de los devotos, pero será un culto exterior, en el que no "se buscará a Yahve"; culto supersticioso y a menudo mezclado de formas y elementos importados de religiones extranjeras, especialmente cananeas.

Esto está evidentemente contra el espíritu del yahvismo, de la Alianza del Sinaí, y lo extraordinario es que siempre haya habido en ese pueblo una "voz de la conciencia" que no quiere ni puede callarse. Esa conciencia, ese verdadero espíritu, toma forma en la palabra de los profetas, que es la Palabra de Yahvé continuando a lo largo de la historia la formación de su Pueblo. "En verdad el Señor Yahvé no hace nada sin que haya revelado su propósito a sus servidores los profetas... El Señor Yahvé habla, ¿quién no profetizará? (Am. III, 7, 8).

Ese pastor, que no es un "pastorcillo" sino un hombre rudo que sabe lo que es encontrarse con los leones del desierto (Am. III, 12), se va a enfrentar, en nom-

bre de los pobres (II, 6-8; IV, 1; V, 11.12; VIII, 4.8), con esos refinados gozadores de Samaría (IV, 1; V, 11; VI, 4-6) que obtienen sus bienes injustamente (II, 6, etc.). Lo hará en el tono que cuadra a un hombre como él: rudo, directo, sin ambages. En la forma rítmica de los oradores orientales, que hace fácil su retención por los auditores, utilizando comparaciones que provienen de su experiencia pastoril y agrícola (III, 3-8; IV, 1; II, 13; VII, 1-3-4; VIII, 1ss; III, 12). Lo que no quiere decir sin arte. No el arte culto, fino de Isaías (hombre de corte) sino el arte reconocido aún en tiempo de los califas a los pastores y a los nómades que conservan la tradición de los estilos y formas populares de expresión poética. Con esos elementos Amós consigue una fuerza de expresión que impresiona profundamente aun a través de una traducción.

Pero lo más importante no es la forma de sus oráculos sino su contenido que alcanza profundidades religiosas, toca puntos tan esenciales de la religión que (¡estamos en el s. VIII a.C.!) el cristiano del s. XX encontrará a menudo en sus palabras un llamado a su propia conciencia.

E L L I B R O

Es claro que el libro de Amós presenta hoy una ordenación artificial, hecha probablemente por discípulos, de un material que, salvo ciertas doxologías cuya autenticidad se discute (1), remonta al mismo profeta. No es tan fácil decidir en qué orden habrán sido dichos esos oráculos por el profeta, ni en qué oportunidades. Tratándose de presentar el libro de Amós para su lectura, nos parece más práctico atenernos al orden en que en él se nos presentan.

INTRODUCCION

Después de la presentación del libro (I, 1), el v. 2 introduce solemnemente las profecías de Amós: Yahvé, desde Sión, se manifiesta a todo Israel. Su voz toma la forma del trueno (Ps. XXIX) y de la tempestad (Ex. XIX, 6.19), expresiones de su poder y de su majestad, acompañamientos de ese "día de Yahvé" en que viene a ejercer su juicio (cfr. Is. II, 9-19). Toda la tierra, desde las llanuras hasta las más altas cumbres, experimenta los efectos de esta manifestación divina.

I PARTE. ORACULOS CONTRA LAS NACIONES Y CONTRA ISRAEL I,3 — II,16

Cada uno de los oráculos de esta primera serie, está en forma de un *machal* numérico, del que se encuentran ejemplos especialmente en el libro de los Proverbios (2). La numeración misma ("por tres y por cuatro") no significa sino una cantidad indeterminada pero suficiente. De hecho normalmente se menciona luego un solo pecado.

(1) Estas son: IV, 13; V, 8-9; IX, 5-6.

(2) *Machal*, que literalmente significa "comparación", puede designar diversas cosas: proverbio popular, aforismo moral, un desarrollo didáctico, parábola, una maldición, un oráculo. Cfr. Prov. XXX, 15. 18. 21. 19; VI, 16; Job, XXXIII, 14, etc.

Damasco, el enemigo arameo del norte, representado por sus reyes Hazael y Ben-Hadad, de los que el libro de los Reyes guarda memoria (cfr. 2 Reg. VIII, 7ss; X, 32; XIII, 3-25); *Filisteas*, con sus cinco ciudades en la costa meridional de Palestina, de las cuales Amós menciona las cuatro que entonces subsistían; *Tiro y Fenicia*, tan pronto aliados (tiempos de David, Salomón, Omri) como enemigos; *Edom* "hermano" de Israel (Gén. XXV, 30) situado al sur del Mar Muerto; *Amon y Moab* (cfr. Gén. XIX, 30ss), ocupando la Transjordania, frente al mismo Mar; cada uno de ellos será duramente castigado por Dios. Ese "fuego" desencadenado contra ellos (vv. 4.7.10.12.14; II, 2) es la guerra que no podrán evitar y que les será desastrosa. Las barras de las ciudades no serán suficientes para contener la invasión extranjera (I, 5); los reyes serán llevados cautivos (I, 5.8.15; II, 3) (3); los palacios de sus respectivas capitales serán arrasados. La mención del cautiverio hace pensar en la invasión asiria.

¿Cuál es el motivo de tamaño castigo?

En general son pecados contra la humanidad. Damasco ha tratado a Galaad con dureza excesiva (Galaad, al norte de Transjordania, era la región más expuesta a los ataques de los arameos de Damasco, cfr. 2 Reg. VIII, 28). Los filisteos por haberse dedicado al tráfico de esclavos, cuyo centro parece haber sido Edom, en la ruta de Arabia. También los fenicios de Tiro han realizado ese tráfico con Edom, con la agravante que los vendidos estaban ligados a ellos por alianzas fraternales (¿eran los israelitas?, cfr. las alianzas de Salomón-Hiram; Omri-Ittobaal). El pecado de Edom y de Ammón es también el de un furor desenfrenado que no reconoce límites, mientras a Moab se le reprocha el haberse comportado con el rey de Edom en forma atrozmente inhumana, privándole de sepultura (4).

Para Amós, como se ve, Yahvé no es de ninguna manera una divinidad local cuyo poder se extienda exclusivamente al pueblo de Israel. Tampoco es exclusivamente el defensor de su Alianza con Israel. El es de hecho el Señor de todos los pueblos ante quien son responsables por crímenes contra la ley natural, por dejarse llevar de su ferocidad irrazonable. Si se compara esto, por una parte, con el politeísmo reinante que atribuía a cada dios un poder más o menos grande sobre un territorio determinado (lo que movía a los conquistadores a llevar consigo los dioses de los pueblos vencidos para acumular en un panteón propio, donde se les rendía debido culto, la mayor cantidad posible de poder divino), y por otra parte con la ferocidad de los asirios, v.gr., justificada como una expresión del poder avasallador del propio dios, no podemos menos que reconocer una enorme superioridad a este antiguo profeta de Israel. También los paganos tienen deberes de humanidad y piedad. La simple crueldad gratuita no tiene justificación y será castigada por Yahvé.

(3) En I, 15, algunas traducciones tienen "Milkom", que es el nombre de una divinidad, en lugar de "reyes". Así también la Vulgata. Pero esa lección proviene seguramente de una mala intelección, por parte de antiguas versiones, del texto hebreo.

(4) Amós no reprocha aquí la incineración sino la privación de sepultura, crimen abominable para los antiguos semitas. No concibiendo el "alma" como capaz de una existencia separada del cuerpo, la muerte es para ellos un estado de vida débil, pero también corporal, y su mundo es el sheol, el mundo subterráneo. Dispersar los huesos de alguien es por eso hacerle un gran mal (recordar Jezabel 2 Reg. IX, 34; y cfr. 2 Reg. XXIII, 15).

Los vv. 4-5 del c. II contienen un oráculo contra Judá cuya atribución a Amós es discutida. No es improbable que haya sido introducida por un redactor posterior que quiso completar la serie de amenazas con una alusión, en términos generales y de inspiración deuteronomística, a los pecados de Judá.

Contra Israel (II, 6-16).

Si de tal manera castiga Dios a los paganos por sus faltas ¿qué no hará con Israel que ha recibido muestras especiales del amor de Yahvé?

Este oráculo comienza también con la exposición de los crímenes de Israel. La injusticia de que se hace objeto al pobre, al humilde. “Vendidos por dinero”, ya sea con el fin de pagarse de sus deudas, ya porque los jueces, sobornados, no les hacen justicia, entregándolos en manos de sus acreedores. El “par de sandalias” del v. 6 puede indicar un precio irrisorio o bien la razón por la cual el pobre es vendido: por deber tan poca cosa como eso. Algunos ven en esa expresión una referencia a la costumbre de tomar posesión de la tierra arrojando sobre ella la sandalia (Rut. IV, 7; Ps. LX, 10; CVIII, 10) y se trataría entonces del despojamiento que el pobre sufre de sus tierras (reproche que aparece explícitamente en Is. V, 8).

Los pobres son aplastados; les hacen “desviar la ruta”, e.d., los privan de sus derechos. La figura, utilizada también en Job, XXIV, 4, expresa la prepotencia del rico ante el cual el pobre tiene que echarse a un lado. En un sentido más general el profeta reclama por la imposibilidad que tiene el pobre de decidir de su propio camino. No puede ir sino adonde se le permite.

Las formas sensuales de los cultos cananeos relacionadas con ritos de fecundidad se introdujeron ciertamente en Israel en determinadas épocas (cfr. 1 Reg. XIV, 24; XXII, 47; 2 Reg. XXIII, 7; Os. IV, 14). Probablemente la última parte del v. 7 hace alusión a la práctica de la prostitución sagrada.

El culto está intrínsecamente viciado: utilizando para pasar la noche en esos lugares sagrados el manto tomado en prenda al pobre deudor, están quebrantando la Ley (Deut. XXIV, 12s) que introduce la humanidad en las relaciones entre hermanos. Para las libaciones sagradas utilizan vino obtenido de los pobres que con él pagan sus deudas. ¿De qué sirve un culto que proviene de un corazón tan apartado del espíritu de la Alianza?

Más adelante Amós expresará nuevamente su espanto por el estado de injusticia reinante en Israel. Es el dinero el que corrompe. Por eso el derecho no produce y asegura la vida, como debiera ser, sino que es causa de amargura y de muerte (V, 7). Si alguien en la puerta (lugar donde habitualmente se hacen las transacciones y se reúne el tribunal) osa defender la justicia, es mal mirado; por eso el sabio termina por callarse (V, 13). El débil y el pobre son extorsionados impunemente, incluso se condena fácilmente a muerte al que no tiene protección, para que pague su rescate a toda costa (5).

(5) “Recibidores de rescate”, dice literalmente el hebreo, pero *Kofer* no es cualquier rescate, sino el de una condena a muerte (Ex. XXI, 30). Fuera del arriba dicho, el sentido del reproche podría ser: aceptan rescate de asesinos poderosos, que en justicia debieran padecer la pena de muerte (cfr. Núm. XXXV, 31).

La gravedad del pecado de Israel.

El pecado de Israel es más grave porque su relación con Dios es de otro orden. El v. 9 opone a la actual conducta de Israel la que Dios ha observado para con él. "Y yo..." debe entenderse como una oposición enfática: "Y eso que Yo..."

Dios recuerda los términos de la Alianza. El ha cumplido su parte: ha sido "Yahvé que los sacó del Egipto" (Ex. XIX, 2), los ha llevado por el desierto, los introdujo en la Tierra Prometida (Ex. XXIII, 22s; Dt. VII, 1-6; IX, 1s). Estos son los elementos que se encuentran desarrollados en el prólogo a la Alianza de Dt. XXIX, 1ss. y en forma sumaria en Ex. XIX, 4s; XX, 1, y son los hechos históricos que Dios reclama como actos suyos en favor de Israel que le dan derecho a exigir el cumplimiento de sus compromisos del Sinaí.

Y no sólo esto. Yahvé continuaba su acción en Israel por medio de sus consagrados: los profetas, los hombres del Espíritu, intérpretes de la voluntad de Yahvé, eternos recordadores de las obligaciones de la Alianza, a los que Dt. XVIII, 18 presenta como un don de Dios a su pueblo; y los nazireos (6) que con su consagración a Dios (Jue. XIII, 3-7; 1 Sam. I, 2.28) mantenían presente la realidad de Yahvé con sus exigencias de santidad de vida (Ex. XIX, 6 - "nación de consagrados"). Pero, evidentemente, tanto la palabra de los profetas como la actitud de los nazireos constituían un reproche a la vida descrita de Israel; por eso han preferido borrar esas señales vivientes de la presencia de Dios en medio de ellos. El Templo, las ceremonias, elementos en sí mudos, les molestan menos. (Los libros históricos ofrecen abundantes ejemplos de la manera cómo hacían callar a los profetas que no se acomodaban a los deseos del rey o de la masa. Cfr. 1 Reg. XIII, 4; XVIII, 4; XIX, 2; XXII, 8.26s; 2 Reg. I, 9ss; VI, 3, etc. y Amós VII, 13).

Por eso el castigo puede ser tenido como seguro. Dios enviará una gran calamidad de la cual será imposible escapar (vv.13-16).

II PARTE. LA VISITA DE YAHVE (cc. III-VI)

Estos cc. reúnen una serie de oráculos contra Israel, contra ese pueblo elegido por Dios con predilección entre todos los de la tierra, y gratuitamente. El motivo de esa elección es exclusivamente el amor, como lo deja bien en claro Dt. VII, 6-11 (Cfr. Dt. XIV, 2, etc).

vv. 3-8.— Pero ahora Yahvé se ve obligado a "visitar" (castigar) a su pueblo. Dos no pueden ir juntos sin estar de acuerdo, y Yahvé e Israel ya no lo están, ya no caminan juntos. Dios es como un león presto a lanzarse sobre su presa, que es Israel; más aún, como un cachorro cuyos gruñidos indican que la presa ya está en su poder. Israel está atrapado y Yahvé da su señal de alarma para que se conmueva y se convierta, pero eso no sucede. Sepan, sin embargo, que las cala-

(6) El *nazir* (de la raíz *nazar* = separar, consagrar) es aquél que se ha consagrado a Dios por un voto. Núm. VI, 1 ss detalla lo que este voto comprendía. Los ejemplos más antiguos de nazireato son los de Samsón (Jueces, XIII) y Samuel (1 Sam, I). La institución, aunque modificándose a lo largo del tiempo, se mantuvo hasta el Nuevo Testamento (cfr. Act. XVIII, 18; XXI, 23 s.).

midades que les sobrevendrán tienen a Dios por autor, que defiende la Alianza. Esa señal de alarma es la palabra del profeta. Siempre la misión de los profetas fue interpretar esos acontecimientos (pasados, presentes o futuros), que significan una intervención y un juicio de Dios.

III, 9–IV, 3. *Ese castigo es la destrucción de Samaría.*

Sus pecados son enormes, como para dejar atónitos incluso a Asiria (7) y Egipto. Dios congrega a los pueblos enemigos de Israel a contemplar su iniquidad y su castigo, sin pretender ocultarlos por un temor de desprestigiarse ante las naciones (Cfr. Ps. CXV, 2). Dios es absolutamente libre y si se ha hecho un pueblo no es porque lo necesite para su prestigio.

El enemigo (los Asirios) saqueará esos palacios en que se acumula el fruto de las injusticias. El castigo será terrible y su resultado final es descrito mediante una imagen enteramente pastoril (v. 12). Ex. XXII, 12 prescribe que el pastor mercenario a quien una fiera devora una oveja debe probar que tal ha sido el fin del animal mostrando al propietario los restos del mismo. Sucederá con Israel como en ese caso: no quedarán sino *restos* miserables.

Vemos aparecer la idea de la supervivencia de un resto, tema que desarrollará Isaías. Aunque pasando por purificaciones drásticas, Israel no será destruido totalmente, porque en él deben cumplirse las promesas divinas. No sucede así con los otros pueblos (cfr. I,8).

Aunque Amós anuncie a veces la catástrofe sin atenuantes hay en él varios textos en que esta idea es clara. Además del que hemos visto tenemos V, 1-3, 15 y IX, 8b-9. El primero de éstos es una lamentación o *qinah* (8) en que Israel es designado por primera vez en los profetas como una virgen (cfr. Jer. XVIII, 13; XXXI, 4, 21; Is. XXXVII, 22; Jer. XIV, 17). Esta lamentación se refiere a una futura acción bélica en la que Israel verá sus fuerzas gravemente diezmadas, aunque no totalmente exterminadas. El v. 15 del mismo capítulo habla explícitamente del "resto" y mientras en los anteriores textos (III, 12 y V, 3) se insisten en el carácter de castigo que tendrá el no dejar *sino* un pequeño resto, aquí la supervivencia del mismo es una muestra de la misericordia divina. Estos dos aspectos —castigo y misericordia— son característicos del tema del resto en la literatura profética (9).

En IX, 8 ss, aunque Dios castigará a Israel puesto que no deben pensar que nada lo someta a ese pueblo (v. 7), no los exterminará totalmente. La imagen empleada no es enteramente clara. Se trata, sin duda, de una criba que hace una separación entre los justos que serán perdonados y los pecadores condenados al exterminio (v. 10).

(7) El texto hebreo tiene "Asdod", una de las ciudades filisteas, en lugar de Asur (Asiria), que es la lección de la vers. de los LXX, y que hace un mejor paralelismo con Egipto. En ambos casos la idea es la misma.

(8) Es una forma rítmica empleada por los dolientes profesionales en los funerales. Su misma estructura de dos hemistiquios, el segundo más breve que el primero, expresa dolor, agobio. (cfr. Jer. IX, 17; Amós V, 16; Ez. XIX; XXVI, 17).

(9) Cfr. Sentido de *amenaza*: Is. X, 22; Jer. XI, 23; De *esperanza*: Jer. XI, 11.

vv.13-15.— El día en que Yahvé visitará a Israel por sus pecados, el santuario de Betel será herido en lo más santo: su altar, y de éste los cuernos (10). Las casas lujosas serán destruidas por esa visita de Yahvé en forma de invasión guerrera. Todavía hoy las excavaciones de Samaría entregan plaquetas y adornos de marfil cuya inspiración es ciertamente egípcia; nuevo motivo para excitar el escándalo de Amós.

No podrán gozar de esos bienes tan malamente adquiridos (V, 7-13). Aunque este oráculo no dice por qué, se entiende suficientemente: la catástrofe que Dios enviará no se los permitirá.

V, 17 habla también de la “visita de Yahvé”. Dios pasará por medio de Israel y el resultado será lamentación general, incluso de los labradores en las viñas, lugar tradicional de regocijo. La expresión recuerda punzantemente el paso de Yahvé “por el medio” del Egipto (Ex XI, 4; XII, 12) sembrando el pánico y *salvando a los israelitas*. Nada pide que Dios pase ahora contra ellos puesto que no son mejores que aquéllos.

Por eso no sacan mucho con suspirar por el Día de Yahvé (vv. 18-20). Su juicio no tiene que ser necesariamente salvador para Israel. Acostumbrados a considerar las intervenciones de Dios en ese sentido, como lo fueron en la época del éxodo y de los jueces, se olvidan que Dios puede intervenir para castigar. Sus pecados harán que ese día sea tinieblas y muerte, a la que no podrán escapar porque los alcanzará donde estén (v. 19).

IV, 1-3.— Por último las mujeres de Samaría se hacen acreedoras a palabras nada eufemísticas. Basán queda al este del Jordán, por el norte, frente al Mar de Galilea. Sus pastos la hacían región apta para la engorda de ganado que se criaba en estado casi salvaje. De ahí que el ganado de Basán fuese al mismo tiempo tipo del animal fiero y bien cuidado. Tales estas “vacas de Samaría” que se cuidan bien, que sólo piensan en gozar y que por otra parte son feroces con los pobres. No escaparán en ese día de Yahvé: así como el ganado es tirado de un anillo, así los asirios las sacarán de Samaría en dirección al cautiverio (Hay relieves asirios en que aparecen cautivos sujetos con un anillo que les horada los labios; ¿es una alusión?). No será necesario ni siquiera perder tiempo en buscar la puerta: la muralla estará llena de brechas.

El culto, relación personal con Yahvé.

Los vv. 4.5. constituyen un pequeño oráculo que delata la ilusión de un culto que no es sino pecado. Su tono es irónico. ¡Suban a Betel, a Guilgal, ofrezcan sus sacrificios y diezmos como lo manda la ley, y más aún, no sólo cada tres años sino cada tres días (11), ya que les gusta tanto hacerlo! ¡Todo ello es pecado! No porque

(10) Los “cuernos del altar” son unas protuberancias o levantamientos en sus cuatro ángulos superiores, como los que se ven en los altares cananeos encontrados. Aunque su sentido preciso es dudoso, es claro que eran los puntos más santos del altar, sobre los cuales se realizaban los ritos de consagración. (Cfr. Ex. XXIX, 12; XXX, 10; 1 Reg. I, 50 s.; II, 28; Jer. XVII, 1 s.).

(11) El texto admite diversas interpretaciones: “al tercer día” luego de llegar al santuario; “cada tres años”, como lo manda la ley (Dt. XIV, 28; XXVI, 12); “cada tres días”, insistencia irónica. De la misma manera la primera parte del vers. podría traducirse: “por la mañana”, a la mañana siguiente de la llegada; “cada mañana”, irónicamente.

lo hagan en Betel y Guilgal, contra cuya legitimidad como lugares de culto no se levanta Amós, sino por hacerlo con las malas disposiciones que ya conocemos.

Ellos podrán encontrar gusto y sentimiento religioso en esas cosas, pero no Yahvé (cfr. V, 21-23). Más bien le causan disgusto y desprecio. La perfección litúrgica del canto no es sino un ruido desagradable. ¿Acaso no han comprendido aún dónde está lo esencial? ¿Ofrecieron acaso sacrificios en el desierto, durante ese período ideal en la historia religiosa de Israel?

Con estas fórmulas absolutas, frecuentes en la lengua hebrea (12), Amós no pretende negar la existencia de sacrificios en aquella época remota (Cfr. Ex. V, 3; XVII, 15; XXIV, 4ss) sino afirmar su carácter secundario respecto a los valores más esenciales de la justicia, la misericordia, la obediencia a los mandamientos (cfr. Os. VI, 6 y cita de Jesús en Mt. IX, 13; XII, 7).

No se puede afirmar que los profetas estén contra el culto, como pretendieron algunos autores protestantes. Es inverosímil tal actitud en aquellos antiguos hebreos. Pero están contra una actitud supersticiosa que pretende encontrar en las prácticas culturales, como tales, una seguridad de salvación. No están contra el Templo cuando anuncian su destrucción futura, sino contra aquellos que se tranquilizaban en medio de su pecado pensando en la presencia benéfica del Templo en medio de Jerusalén (Jer. VII, 1-15). De esa manera afirman fuertemente lo esencial de la Alianza con Yahvé. Lo primero no fue toda esa legislación ritual; ella vino después y legítimamente. Lo primero fue un compromiso personal de obediencia, de fe en Yahvé, el Dios del Sinaí que los libró del Egipto. Los actos de culto serán la expresión de esa fe que lleva a una serie de actitudes prácticas que se refieren en especial al prójimo (cfr. los mandamientos), o no serán nada. En los otros pueblos se podrá hacer consistir la religión en la realización precisa, meticulosa de los ritos que agradan a los dioses. En Israel no, simplemente porque Yahvé no es un dios como los otros dioses.

Más adelante repetirá que el culto, realizado en esas malas condiciones no los podrá salvar de la deportación (V, 27) adonde irán con los ídolos que han introducido junto al culto de Yahvé (V, 26) (13).

Aquí no se trata de hacer cosas, sino de encontrarse con Yahvé, que no es una mera personificación de fuerzas naturales, sino un ser eminentemente personal. Los israelitas están yendo a Betel, Guilgal, Berseba. ¿Qué buscan ahí? La verdad es que acuden a ellos como lugares que en virtud de su carácter sagrado aseguran la salvación (como ellos la quieren: prosperidad, tranquila posesión de bienes, salud). Eso es una degeneración grave. ¡Es a Yahvé al que hay que buscar! Sólo El puede dar la vida (V, 4-6).

He aquí, sin duda, la cumbre de la predicación de Amós: “¡Buscadme y viviréis!” (V, 4); “¡Buscad a Yahvé y viviréis!” (V, 6); “¡Buscad el bien y no el

(12) Cfr. v. gr. Lc. XIV, 26 (y comparar con Mt. X, 37; Mc. IX, 37; Jn. VII, 16; VI, 27; Gen. XLV, 8).

(13) El texto ofrece dificultades. El hebreo alude a Sikkut y Keván, posiblemente dos divinidades asirias, aunque LXX, Vgta. y otras versiones traducen diferentemente.

mal para que viváis y así Yahvé, Dios Sebaoth, esté con vosotros!” (V, 14); “¡Que el derecho corra como el agua, y la justicia como un torrente que no se seca!” (V, 24).

IV, 6-12.— Esa misma preocupación por poner a Israel en esa relación personal con Yahvé domina en esta serie de oráculos.

Dios ha enviado diversos castigos ya a Israel con el fin de hacerles sentir que no están con Yahvé. Son pruebas que provienen del amor salvador de Dios que quiere atraerlos nuevamente a sí. Una hambruna (v. 6); una sequía (vv. 7-8); una epidemia de los campos (v. 9); una peste, consecuencia de una masacre guerrera (v. 10); un terremoto (v. 11), posiblemente el mencionado en 1,1. El recuerdo de cada una de estas calamidades termina con esa queja: “¡Y vosotros no os habéis vuelto a mí!”. Por eso se hacen necesarias medidas más drásticas (v. 12) que aquí no son precisadas (14).

c. VI. *Nuevo grupo de oráculos.*

Se dirige a los jefes de ambos reinos, “los notables del primero de los pueblos”, dice aludiendo irónicamente a su conciencia de ser un pueblo privilegiado entre los de la tierra. Sin embargo lo sucedido a Kalné, Hamat y Gat debiera hacerlos meditar. En qué consiste la meditación propuesta no es claro en el texto hebreo. Una corrección daría lo siguiente: “¿Acaso vosotros valéis más que ellos? ¿o vuestro territorio es mayor que el de ellos?”, lo que recuerda Dt. VII, 7; los israelitas no valen más, no son más numerosos; si tales cosas sucedieron a esos reinos, sucederán también a éste que con sus acciones está apresurando la llegada de la violencia vengadora (v. 3).

vv. 4-7.— Sigue una nueva descripción de la vida muelle de los ricos, pero ahora se tiene en vista únicamente a Samaria. Estas orgías terminarán en la deportación (v. 7).

vv.8-12.— Esa gente será destruida, quedarán sólo unos pocos para enterrar los cadáveres. Probablemente desde el v 10 se refiere a la peste que sobrevendrá debido a la cantidad de cadáveres, que deberán ser incinerados en medio de la consternación general. Nadie osará pronunciar el nombre de Yahvé por temor supersticioso a atraerse nuevos castigos.

Estas experiencias mostrarán patentemente el absurdo de la vida injusta y apartada de la Ley que están llevando. Tan absurda como las dos acciones mencionadas en el v. 12.

vv.13s.— Un último reproche a la suficiencia israelita.

Se confían en las victorias obtenidas por Joás y Jeroboam II en Lo-Debar y Qarnayim, en Transjordania (2 Reg. XIII, 25; XIV, 25), que les dan la sensación de fuerza y les hacen pensar que no deben temer calamidades, especialmente de orden militar, que son las que Amós ha estado insistentemente anunciando. Pero sobrevendrán y verán que no fueron ellos los que conquistaron esas ciudades, sino Yahvé.

(14) Por eso algún autor cree que III, 14 b (“Yo visitaré los altares de Betel...”) sería en realidad la continuación de IV, 12, y precisaría el castigo.

III PARTE. CC. VII-IX

Comprende cinco visiones. Después de la 3.^a se intercala el episodio con Amasías en Betel (VII, 10-17); después de la 4.^a, tres oráculos (VIII, 4-14).

1^ª *Visión*. Una plaga de langostas está a punto de devorar todo el pasto que crece después del primer corte, que es el que se entrega a rey, amenazando con dejar a los propietarios de los campos sin forraje para sus animales. Ante la intercesión del profeta la plaga se detiene.

2^ª *Visión*. Una gran sequía ha consumido el abismo inferior sobre el que está asentada la tierra y de donde brotan las fuentes (hipérbole para decir que las fuentes se han secado). Antes que la calamidad se convierta en una verdadera catástrofe la intercesión de Amós la detiene.

3^ª *Visión*. El texto es difícil, pero es una amenaza de Yahvé de destruir los lugares altos mediante un enemigo lanzado contra Israel (15).

Las dos primeras calamidades, como se ve, son parciales; sin duda acontecimientos más o menos contemporáneos que Amós ha detenido con su intercesión, como Abraham (Gen. XVIII), Moisés (Ex. XXXII, 11; XXXIII, 12; Núm. XXI, 7; Cfr. Ecc. XLV, 3); Elías (1 Reg. XVII-XVIII); Jeremías (XIV, 7). ¿Se tratará de aquellas plagas de IV, 7-11 enviadas por Dios como advertencia? Como allí, la ineficacia de éstas para convertirlos acarrearán un mal más terrible, al que no escapan.

Desde la 3^ª visión ya no hay intercesión del profeta.

Encuentro con Amasías. VII, 10-17.

Seguramente este pasaje, redactado por un discípulo de Amós (habla de él en tercera persona), ha sido insertado aquí por la alusión hecha en el v. anterior a Jeroboam.

Amasías, el sacerdote de Betel, trata de desembarazarse de este molesto profeta recurriendo a una intriga. Mientras acusa a Amós ante Jeroboam de complotar contra él, aconseja al profeta que se aleje de Israel para escapar a lo que pudiera sucederle. Parece que Amasías, más que desencadenar una acción contra Amós quisiera silenciarlo alejándolo. La acusación de conspiración está basada seguramente en su amenaza a "la casa de Jeroboam" (VII, 9), pero Amós no ha hablado contra la persona del rey en el momento actual.

(15) El lector se extrañará tal vez de encontrar, en las diversas ediciones de la Biblia, traducciones bastante diferentes de esta visión. Eso es debido a la oscuridad del texto hebreo que dice literalmente: 7. "Y he aquí al Señor (pero LXX tiene "un varón") junto a un muro de plomo, y en su mano, plomo. 8. Y me dijo Jahvé, ¿qué ves Amós? Y dije: plomo. Y dijo el Señor: he aquí que pongo plomo en medio de mi pueblo Israel...". Los exégetas buscan un sentido aceptable, ya sea interpretando *anak* que literalmente parece significar "plomo", ya sea corrigiendo el texto que suponen corrompido. Los resultados de las diversas hipótesis los tenemos en las traducciones que ofrecen las diversas ediciones.

Esto nos recuerda el episodio de Ajab y Miqueas (1 Reg. XXII, 13ss). El hecho de anunciar algo nefasto es ya una acción en contra porque la palabra de bendición o maldición tiene en sí una eficacia, mayor o menor según la fuerza del que la profiere, pero en ningún caso despreciable. Por ese motivo, por haber anunciado el desastre de Ramot Galaad, Miqueas es encarcelado, mientras por su parte Sedecías de Kenaan persigue con sus oráculos y actitudes proféticas, atraer la victoria para Ajab. Por eso también aquí el anunciar la ruina de la casa de Jeroboam es colocarse activamente contra ella. Las autoridades, poco dispuestas a convertirse a Yahvé, tienen sin embargo un interés supersticioso en que no “profetice contra Israel”, igual que todos aquellos que en toda época, despreocupados de la verdadera vida de fe y obediencia a Dios se llenarán (inútilmente, por supuesto) de seguridades contra su justicia.

La respuesta de Amós es valiente y clara (vv. 14-17).

4ª *Visión*. VIII, 1-3.— Mediante un juego de palabras y una figura agrícola anuncia un castigo sin perdón. Como un cesto de fruta madura, Israel está maduro para su fin (16).

Antes de la 5.ª visión se intercala una serie de 4 oráculos cuyos temas nos son conocidos (cfr. p. 27).

vv. 11-12.— *Una consecuencia del castigo divino*.

No han querido escuchar la palabra de Dios, dirigida por medio de los profetas, y señal de su predilección (II, 11ss; VII, 16); llegará un momento en que ésta ya no se les comunicará, y esa ausencia de profetas será la señal del rechazo de Dios.

El “hambre y la sed de la palabra de Dios” recuerda su carácter vivificante (Dt. VIII, 3; Mt. 4; V, 6). Dios corrige, dice Dt. VIII, 1-3, para que perciban que el hombre vive en primer lugar de la Palabra de Dios, que son sus mandamientos. Recordar aquella frase del mismo Amós: “Buscad el bien y no el mal, para que viváis” (V, 14) (17).

vv. 13-14.— Es un oráculo distinto del anterior. El hambre y la sed de que aquí se trata es más bien una calamidad temporal. El v. 14 alude, en un texto que parece corrompido, a la idolatría de Israel (18).

(16) *Qis*, que significa “fruto de verano”, y *Qes*, fin.

(17) Aquí podemos recordar que en el evangelio la satisfacción de esa hambre y sed espiritual está en relación con Cristo, que tiene palabras de vida eterna. Jn. VI, 30-36, 68.

(18) También un texto difícil. En algunas traducciones se encontrará “el pecado de Samaria”, que sería el becerro instalado en Betel por Jeroboam II y llamado en Os. VIII, 6 “el becerro de Samaria”; en otras “el *aserah* de Samaria” (cfr. 1 Reg. XVI, 33) que era un objeto de madera que representaba a la divinidad femenina del mismo nombre; en otras, por fin, “Asimah de Samaria”, que sería el nombre de una divinidad.

En la segunda parte del vers. el hebreo dice “el camino de Berseba”, lo que podría significar (jurar por) la peregrinación a ese lugar de culto. Otros exégetas, prefieren corregir el texto con lo que podría leerse “tu bienamado, Berseba”, que sería una alusión a la divinidad ahí honrada.

5ª *Visión*. Amós ve el altar de Betel destruido. Los restos del altar, o del templo, caen sobre el pueblo judío, aplastándolo. En lugar de ser para ellos ese instrumento mágico de seguridad que se imaginaban, se convierte en el de su aniquilamiento. Nadie podrá escapar, aunque huyan al cielo o al sheol, a la cumbre de los montes o al abismo: a todas partes alcanza el poder de Dios del universo; el mismo dragón del abismo (que es una divinidad en ciertas mitologías) obedece a sus órdenes. Los ojos de Dios estarán sobre ellos, pero no para cuidarlos (Gén. XLIV, 21; Jer. XXXIX, 12; XL, 4 etc.) sino para castigarlos.

vv. 7-8.— Después de la doxología intercalada (vv. 5-6), continúan la idea de 1-4, de los ojos de Yahvé puestos sobre Israel (cfr. v. 8).

Aunque Dios haya tenido una actitud especial con Israel (II, 10; III, 2) ésta es totalmente gratuita. Yahvé es también Dios de los demás pueblos, incluso de los Kushitas, que son los etíopes de la Nubia, considerado como un pueblo alejadísimo de Palestina y además despreciado por su color y por ser el lugar de origen de muchos esclavos. También los filisteos y los arameos, los tradicionales enemigos de Israel (y de Yahvé), son de El. De esta manera se va preparando el camino al universalismo. Israel ha sido escogido para la salvación de todos los pueblos en la fraternidad universal del evangelio, donde ya no habrá judío ni gentil, esclavo ni libre (Act. II, 9ss).

LA RESTAURACION

La casa de Jacob no será totalmente exterminada (IX, 8b-10) (cfr. p. 10). Del *resto* salvado partirá una restauración que se entrevé en relación con la casa de David, e.d., el Reino de Judá, que pasará, sin embargo, también por una aflicción de la que se levantará. No se habla en estos vv. directamente de Israel (Reino del Norte), pero debe recordarse que también en Oseas III, 5 la restauración de éste se ve en relación con su regreso a la casa de David (Cfr. Is. IX, 12s; Jer. XXXI, 15-30). Entonces vendrá un tiempo de esplendor comparable al de David. Los reinos que entonces pertenecieron a Yahvé ("sobre los cuales fue proclamado su nombre") (19) y que actualmente se han independizado, volverán a estar sometidos a Israel, que es el pueblo de Dios. Entonces Yahvé se hará presente en un nuevo Día suyo, en el que volverá a ser el Salvador de un pueblo purificado por el sufrimiento.

Los vv. 13-15 describen la era mesiánica en términos de felicidad adaptados a una sociedad de campesinos. Tal será la abundancia agrícola que los trabajos del campo se sucederán ininterrumpidamente. Tanto demorará la cosecha que la siembra vendrá inmediatamente después.

El pueblo de Israel será traído del cautiverio; las ciudades reedificadas; ahora gozarán lo que hayan trabajado (comparar con V, 11: no gozarán del fruto de sus abusos).

Se trata de una restauración definitiva que no puede ser sino la mesiánica.

(19) Proclamar el nombre de alguien en una ciudad era señal de dominio. Cfr. 2 Sam. XII, 28; Is. LXIII, 19; Jer. VII, 10; Dan. IX, 18 s. Tal es el sentido de Dt. XXVIII, 10.